

bakeazbakeazbakeazbakeazbakeaz

**Educar en el  
sujeto solidario**

**Luis A. Aranguren Gonzalo**

# Escuela de Paz | 4

Dirección: José Ángel Cuerda, Xabier Etxeberria y Josu Ugarte

Coordinación editorial: Blanca Pérez

La **Escuela de paz** es un lugar de encuentro y de diálogo, un instituto de formación e investigación, un centro de información y documentación, un equipo de consejo, mediación e intervención en el medio escolar, y un instrumento de análisis crítico y de denuncia pública, que nace con el objetivo de educar en una cultura de paz fundada en la promoción de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, del desarrollo sostenible, de una ciudadanía democrática y cosmopolita, y de una ética cívica basada en la tolerancia y la solidaridad intercultural.

**Bakeaz** es una organización no gubernamental fundada en 1992 y dedicada a la investigación. Creada por personas vinculadas a la universidad y al ámbito del pacifismo, los derechos humanos y el medio ambiente, intenta proporcionar criterios para la reflexión y la acción cívica sobre cuestiones relativas a la militarización de las relaciones internacionales, las políticas de seguridad, la producción y el comercio de armas, la relación teórica entre economía y ecología, las políticas hidrológicas y de gestión del agua, los procesos de Agenda 21 Local, las políticas de cooperación o la educación para la paz y los derechos humanos. Para el desarrollo de su actividad cuenta con una biblioteca especializada; realiza estudios e investigaciones con el concurso de una amplia red de expertos; publica en diversas colecciones de libros y boletines teóricos sus propias investigaciones o las de organizaciones internacionales como el Worldwatch Institute, ICLEI o UNESCO; organiza cursos, seminarios y ciclos de conferencias; asesora a organizaciones, instituciones y medios de comunicación; publica artículos en prensa y revistas teóricas; y participa en seminarios y congresos.

Esta publicación está impresa en papel reciclado.

*Las opiniones expresadas en este ensayo no coinciden necesariamente con las de Bakeaz.*

La edición de esta publicación ha sido posible gracias a la financiación de la **Dirección de Derechos Humanos y Cooperación con la Justicia** del Gobierno Vasco.

© Luis A. Aranguren Gonzalo, 2004

© Bakeaz, 2004

Santa María, 1-1º • 48005 Bilbao

Tel.: 94 4790070 • Fax: 94 4790071

Correo electrónico: [escueladepaz@bakeaz.org](mailto:escueladepaz@bakeaz.org)

<http://www.bakeaz.org>

ISSN: 1698-2258

Depósito legal: BI-3307-03

## Índice

---

• <b>Antropología de la solidaridad</b> .....	5
La solidaridad como deuda social .....	5
La solidaridad como posibilidad humanizadora .....	5
• <b>Discernir el mundo de las solidaridades</b> .....	7
Criterios de discernimiento .....	8
La cultura de la solidaridad como alternativa .....	12
• <b>La cultura de la solidaridad como educación en valores</b> .....	14
En el terreno personal .....	15
En el ámbito institucional .....	16
• <b>Conclusión</b> .....	18
• <b>Bibliografía</b> .....	19

**E**ducación y solidaridad van de la mano, en tanto que los valores son apropiables sólo y a través de largos procesos educativos en los que, en numerosas ocasiones, los educadores no somos más que sembradores de una cosecha que jamás llega, al menos, desde nuestras posiciones de llegar a ver los frutos de nuestros esfuerzos. Entre nuestros deseos, por un lado, y la verificación de que las causas solidarias llegan a buen puerto, por otro, hay a veces un abismo infranqueable: que un barrio reaccione ante la marginación a la que se somete a determinados inmigrantes, que la ciudadanía se muestre económicamente solidaria ante una catástrofe humanitaria, que se concreten los presupuestos participativos en nuestro distrito o ciudad, etc., son causas que merecen la pena y cuya realización o no hace subir o bajar el termómetro de la solidaridad. Pero más acá de las causas objetivas está el sujeto que se plantea la solidaridad concreta, que la vive, maldice o realiza en el marco de una acción personal y colectiva.

Nuestra preocupación, ahora, será apuntalar el edificio del sujeto personal que permita a cada cual ser solidario, más que ser hacedor de solidaridades concretas.

Entiendo la solidaridad como la convergencia de tres momentos complementarios:

- Es una *reacción* ante la injusticia y el sufrimiento en el que viven sumidos personas y pueblos de nuestro mundo; la reacción implica mirada atenta a la realidad, saber estar en la realidad, y, por otro lado, comporta entrañas de misericordia.
- Es una *determinación* por embarcarse en los procesos que tratan de erradicar las causas de estas situaciones de injusticia y dolor; es la apuesta por los débiles y por lo débil, a partir de un adecuado análisis de la realidad objetivo, con datos y no sólo con sensaciones.
- Es un *estilo de vida* que pone en juego todas nuestras posibilidades,<sup>1</sup> de modo tal que la solidaridad no se reduzca a actos y chispazos solidarios, sino que se transforme en un hábito y en un modo de ser en la relación con los demás, próximos o lejanos.

Si hay algo que refleja esta descripción de solidaridad es que ésta se desplaza del lugar marginal, anecdótico y esporádico en el que la sitúan los referentes mediáticos para pasar a ocupar un lugar nuclear. Es preciso trasladar la solidaridad desde los márgenes hasta el centro de la vida personal y social; o lo que es lo mismo, es preciso pasar de una solidaridad pactada como convención socialmente útil a una solidaridad que nace de la *convicción* personal. Y nuestro tiempo no es de convicciones fuertes, sino de pensamiento débil, tanto que, según José A. Marina, «a la pereza de pensamiento se le denomina con frecuencia “firmes convicciones”» (2000: 13). Las convicciones nacen a la luz de la acción reflexionada; ahí cuaja una urdimbre creativa que no se improvisa y que tiene mucho que ver con la necesidad de dotarnos de procesos educativos de largo alcance.

---

1. Esta definición se encuentra matizada y enriquecida en Aranguren Gonzalo, 1998: 93 y ss.

## • Antropología de la solidaridad

### La solidaridad como deuda social

Buber escribe que «el hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre» (1986: 146). Y este hecho lo podemos constatar en dos direcciones diferentes.

La persona es encuentro, relación, diálogo. Pero esta dimensión le viene regalada de fuera. En el momento de su nacimiento, el ser humano es una realidad inacabada; su inmadurez biológica se transforma en menesterosidad afectiva que urge respuesta inmediata. Al momento del trauma del nacimiento en forma de llanto y desolación, sólo le puede suceder el momento de acogida, encuentro y ternura de la madre. El niño, pues, se encuentra, primeramente, vertido a la madre, fuente de nutrición, cariño y amparo. En el tú de la madre comienza a esculpirse el yo del niño. Este momento pasivo de la relación humana no se circunscribe exclusivamente a los primeros meses de la vida de cada persona. De alguna manera, antes de que se tenga la vivencia de los otros, los otros han intervenido en mi vida y continúan interviniendo en ella; esto hace posible, en primer término, la constatación de Zubiri: «El encuentro no viene de uno mismo, viene de los demás» (1986: 235).

A tal punto llega esta realidad, que en buena parte son los demás, aquellos con los que me encuentro a lo largo de mi vida, los que me van puliendo y, de algún modo, configurando como persona. El dinamismo de la persona va recibiendo, sin cesar, nuevas e inesperadas visitas que contribuyen a la edificación de cada uno. Desde el punto de vista de la estructura antropológica, «la persona sólo llega a sí misma a través del amor recibido del otro, de su aceptación, etc. No considerar en este sentido al otro como constitutivo de la persona equivale a pasar por alto hechos fundamentales de la estructuración de lo personal» (Cabada, 1994: 129). El amor revela la realidad menesterosa del ser humano y ello, lejos de empequeñecerlo, lo engrandece. Comparto con Carlos Díaz la tesis de que el amor (del sujeto ético) precede a la solidaridad (del sujeto político) y la funda (Díaz, 1993: 129). Sólo puede ejercer la solidaridad quien se ha nutrido del don del otro.

### La solidaridad como posibilidad humanizadora

Posibilidad y realidad se articulan como elementos nucleares de una antropología de la solidaridad, en tanto que ésta se presenta a la persona como una posibilidad que define y moldea, de una determinada manera, la vida humana de quien opta por ella. La solidaridad se domicilia en la tierra de las posibilidades de humanización.

Hacerse persona es la ocupación esencial de todo ser humano. Y esta construcción no comienza de cero, sino a partir de unas condiciones genéticas y sociales-ambientales que nos han sido dadas. Y cada persona se halla constitutivamente abierta a la posibilidad como la forma concreta de construirse histórica y moralmente. Cuando una persona recibe una forma concreta de estar en la realidad (de valorar, de creer, de sentir...), se apoya en ella para optar por otras formas de realidad con las que hacer su vida. Este momento de la historia como entrega de formas de realidad empuja siempre hacia adelante y conduce al cambio. En efecto, quien recibe la entrega (por ejemplo, un cierto nivel de vida donde todo lo tiene resuelto) puede dinamizar esa entrega de múltiples formas. Lo entregado no es algo cerrado ni autoclausurado, sino que está llamado a ser desarrollado y prolongado, a lo largo de su decurso vital, por parte de quien lo recibe.

Al vivir en el ámbito de la posibilidad, el hombre construye su vida hacia adelante, transformando aquellas partes de la forma de realidad recibida que desea cambiar, bien porque se trate de formas culturalmente caducas, bien porque considera, de acuerdo con el ejercicio de la libertad personal y la configuración del propio proyecto de vida, que hay situaciones que deben ser

transformadas. El cambio, la transformación, es, pues, algo constitutivo de la dimensión histórica de la realidad humana, ya que resulta imposible la repetición exacta en valores dominantes, visiones del mundo, costumbres, formas culturales, formas de realidad —en definitiva— de una generación a otra. Esta transformación se traduce en el acto de apropiación de posibilidades nuevas, montadas sobre la forma de estar en la realidad que cada ser humano recibe. El hombre protagoniza su historia en tanto en cuanto la lleva hacia adelante, transformándola y dotándola de sentido. Conviene reflexionar sobre este ejercicio de apropiación de posibilidades como configuración de sentido.

La realidad apela y pide respuestas; la persona percibe que las cosas y situaciones con las que se encuentra le instan a responder por medio de la acción y de la apropiación de posibilidades con las que hacer frente a esa situación. Para ejecutar dicha acción, cada cual cuenta, en primer lugar, con esas cosas con las que se encuentra y consigo mismo en forma de recursos con los que responder adecuadamente. Cada hombre, en su situación concreta, se toma a sí mismo y a las cosas con las que se enfrenta como recursos para convertirlos, mediante la acción, en posibilidades que, en tanto que apropiadas, contribuyen a formar su figura de realidad, su desarrollo personal. Éste es el sentido último de la apropiación. La apropiación supone algo más que la mera acción; no consiste tan sólo en hacer algo (por ejemplo, favorecer la integración de un inmigrante en el aula), sino que, al mismo tiempo, me apropio de esa posibilidad, me apropio, en este caso, del significado y de las consecuencias de eso que he realizado, aumentando de este modo el caudal de mi experiencia vital. Mediante la apropiación incorporo a mi vida personal la posibilidad por la que he optado. En la acción solidaria incorporo a mi existencia lo que antes era un valor que me atraía.

El hombre protagoniza su historia personal con un doble y simultáneo movimiento: en primer lugar, con un *movimiento de conversión*, mediante el cual el hombre convierte los recursos de que dispone, empezando por sí mismo, en posibilidades susceptibles de ser apropiadas por él. Al tiempo, va realizando un *movimiento de capacitación*, conforme al cual él mismo va siendo el precipitado de las sucesivas apropiaciones de posibilidades que efectúa: esta persona va siendo *así*, con *esta* forma de estar en la realidad, con estos valores. Puesto que este tiempo y este espacio determinados en los que vivimos en Occidente nos ofrecen unas posibilidades concretas, distintas de las de otros tiempos y otros lugares, ello configura, aquí y ahora, este ser *así* por el que cada cual va optando.

La persona es una realidad propuesta, capaz de movilizar energías y posibilidades insospechadas. La realidad humana da de sí en el ámbito de la posibilidad y del sentido. La vida humana va siendo la resultante de las apropiaciones de posibilidades que uno ha elegido y que, en último término, constituyen el *ethos* o personalidad moral de cada cual. El *yo quiero ser*, que cada persona pronuncia de múltiples modos, se conjuga en el tiempo con lo que *voy siendo* cada día. Desde esta perspectiva, la realidad humana va dando de sí, adoptando figuras nuevas, susceptibles de apoyarse en nuevos sentidos. Y esta situación no se puede provocar, sino que ha de ser vivida partiendo de la propia experiencia. Mediante la apropiación de posibilidades el hombre va conduciendo el carro de su propia vida. Este conducir, esta conducta global —como le gustaba repetir al profesor Aranguren—, constituye la moral de modo primario: «Al conducir su vida o conducirse a sí mismo, el hombre se va realizando, va conquistando un modo de ser. Lo moral del hombre consiste no sólo en este irse haciendo, sino también en la vida tal como en ese irse haciendo queda hecha: o, mejor dicho, en lo que queda del pasar que es la vida, en la “segunda naturaleza”, *ethos* o personalidad moral realizada a través de la vida» (López Aranguren, 1985: 73-74).

■ **Solidaridad que conduce al cambio social.** Dando un paso más en esta reflexión, cabe decir que la historia no es un hecho individual. Por el contrario, la historia es un ámbito tanto de posibilidad como de realización personal y comunitaria de esas mismas posibilidades; en otras palabras, la historia puede concebirse como un proceso permanente de capacitación. Este carácter procesual de

la historia —advierte Ellacuría— es el que hace de ella un riesgo constante, ya que la apropiación de unas posibilidades va a suponer la existencia de unas capacidades incorporadas y la no existencia de otras. En esta dirección hemos de anotar la advertencia de Ellacuría: «La carta del desarrollo y del consumo como motor fundamental del proceso histórico ha obturado, sin duda, otras posibilidades de vida, de momento, social y mundialmente irrecuperables» (1991: 436). La opción solidaria, pues, adquiere una dimensión comunitaria que, por ende, se extiende a las estructuras sociales, económicas y políticas en las que vivimos. Lo individual, lo comunitario, lo estructural constituyen un único movimiento dinámico que la persona realiza sin que ninguno de los tres términos sacrifique a los otros. La persona no es un puro ente individual ni un puro ente social; no se halla ni en la retirada individualista ni en la expansión comunitaria, sino en la tensión equilibrada de ambos movimientos.

Hecha esta advertencia al hombre occidental que somos, conviene preguntarnos: ¿Basta con que el hombre protagonice su propia historia? Si toma como único bagaje de recursos los que le proporciona su pequeño mundo de bienestar y de relativo confort, entiendo que se trata de una respuesta insuficiente y parcial. El hombre occidental puede ir más allá de su parcela de realidad para protagonizar su historia haciendo frente a la *realidad en su conjunto*.

Formamos la excepción del planeta Tierra, y la apropiación de posibilidades personales y estructurales ha de pasar por aquellos que no cuentan, por los excluidos. El rostro del no-sujeto sometido a todo tipo de atropellos configura un ámbito de recursos que cada uno de nosotros podemos convertir en posibilidad de dignificación de la persona, en fuente de sentido. El ámbito de los no-sujetos se convierte en posibilidad de ejercicio de la solidaridad no como una simple actividad, sino como principio articulador de una vida con sentido. Al tiempo, constatamos que el ejercicio de la solidaridad, que intenta restituir su dignidad a quien la ha perdido o a quien se la han arrebatado, se mueve en el terreno de las relaciones asimétricas. Las circunstancias biológicas (enfermedad, edad, minusvalías) y las socioeconómicas (desigualdad, exclusión social) nos hablan de una realidad humana presidida por la *asimetría*.

## • Discernir el mundo de las solidaridades

Resulta curioso que, en la medida en que nos hacemos cada día más ricos, en la medida en que consumimos más y más, en la medida en que somos espectadores de las políticas que hacen al Sur cada día más Sur empobrecido, en la medida en que crece el número de personas y colectivos que son expulsados al foso de la exclusión social, resulta curioso —repito— que crezcan las llamadas a la cultura de la solidaridad; una cultura en la que prima el gesto antes que el proceso, la emoción antes que la toma de conciencia, el donativo antes que la pregunta crítica. Sin duda, se hace necesario realizar, en estos momentos, una seria labor de discernimiento de los distintos impulsos solidarios vigentes. A la cultura de la solidaridad le debemos imprimir una serie de exigencias mínimas, con el fin de que no se desvirtúe más de lo que ya está. Realizaremos esta labor desde la posición de observadores de la realidad, sin introducimos en estudios o investigaciones, lo que esta tarea exigiría. En segundo lugar, intentaremos resaltar el valor de la cultura de la solidaridad en términos de alternativa *en* y desde la sociedad en la que vivimos, con sus luces y sus sombras. Finalmente, haremos una llamada a la necesaria educación en valores que una cultura de la solidaridad transformadora de la realidad implica.

Abordaremos esta reflexión partiendo de la experiencia de mi trabajo cotidiano durante estos últimos años, desarrollado en el marco de las entidades sociales y cívicas, especialmente en el área de las organizaciones sociovoluntarias.

## Criterios de discernimiento

Discernir consiste no sólo en elegir entre distintas opciones, sino en elegir sabiamente, de manera que la opción resultante repose sobre aquello en lo que se pretende incidir; ¿y en qué quiere incidir la solidaridad? En tanto que valor ético, ha de inducir procesos que desarrollen estilos de vida humanizadores y ha de favorecer propuestas de cambio social efectivo. En el terreno de la cultura de la solidaridad, destacamos cuatro criterios de discernimiento elementales. Veamos.

■ **Solidaridad ascendente o descendente.** Ciertamente, coincido con García Roca en la aseveración de que, en nuestro tiempo, la solidaridad no tiene un único propietario; se trata de un valor lo suficientemente transversal como para que sacuda cimientos y traspase innumerables puertas y ventanas. Nadie puede arrogarse la exclusividad de la solidaridad entendida como carga ética que pone en marcha mecanismos de cambio social. Ahora bien, podemos hacer una primera aproximación a esta solidaridad que mira al cambio, que busca la justicia social, si se traduce en un proceso de toma de conciencia y de actuación ascendente.

- Ascendente quiere decir *descubierta* por uno mismo, descubierta en la acción, en la lectura, en el diálogo con otros, en la búsqueda personal y compartida. Por el contrario, la solidaridad descendente viene a ser *impuesta* y *cae* sobre los ciudadanos como mecanismo inmediateista que hace frente a situaciones de emergencia. El arte de descubrir presupone sujetos itinerantes que hacen de la vida una caja de sorpresas o un libro abierto en el que descubren nuevas oportunidades para vivir con sentido lo que, en muchas ocasiones, aparentemente no lo tiene. Por eso, la solidaridad ascendente, una vez descubierta, precisa ser redescubierta con novedad, si no queremos caer en el fango del *más de lo mismo* o en la sensación de fracaso.
- Ascendente quiere decir necesitada de *procesos de largo plazo*, y ello requiere, necesariamente, un tiempo y, aún más, una calidad de tiempo que nuestra cultura sobremoderna no está dispuesta a conceder. La sobremodernidad significa el triunfo del achicamiento de los espacios y de la aceleración de la historia (Augé, 1998), el gusto por lo instantáneo y la pérdida de lugares antropológicos donde las personas pueden encontrarse, relacionarse y proyectarse. La solidaridad descendente, de la mano de la sobremodernidad, quiere una solidaridad efectista, de aquí y ahora, de resultados a corto plazo y que se vean ya. Y esto pasa tanto con el voluntario que busca que los efectos de su acción se vean y se palpen casi en el instante, o con la recogida de material de papelería en una campaña escolar de «lápices para Cuba», por ejemplo.
- Ascendente, entonces, quiere decir necesariamente *educativa*, porque los procesos no son sólo actividades en el tiempo, sino trayectorias educativas concretas, en cuyo transcurso se generan procesos de amueblamiento mental y sentimental de los adolescentes y jóvenes, lo cual implica hablar de educadores-acompañantes y suscitadores de interrogantes y de cuestionamientos que los mismos jóvenes han de intentar ir respondiendo desde la solidaridad vivida. La solidaridad descendente, incluso en no pocas organizaciones sociovoluntarias, impone —por el contrario— modelos formativos claramente directivos, excesivamente teóricos, apegados a la tarea concreta y no al proceso que se genera; se trata de formar «para no hacer barbaridades», lo cual hay que aplaudir por lo que de preventivo supone; pero así se forman expertos para la tarea y no personas solidarias.
- Ascendente quiere decir *aglutinadora* de voluntades, de afectos, de proyectos de acción a partir de necesidades sentidas y expresadas. Cuando las organizaciones de solidaridad se buscan para discutir y formular un código ético que sirva de marco de referencia en el quehacer cotidiano de



las organizaciones en momentos de confusión y de turbulencia seudosolidaria; cuando las organizaciones cívicas, sociales y sindicales se encuentran para tomar posiciones ante un posible servicio civil; cuando las organizaciones de solidaridad confesionales y no confesionales trabajan mancomunadamente para reivindicar la condonación de la deuda externa a los países del Sur y para elaborar propuestas técnicas alternativas y viables; cuando diversas organizaciones que trabajan en el Sur se coordinan para introducir la cultura del comercio justo en nuestro Norte rico... Cuando ocurren todas estas cosas, algo nos dice que hay elementos que aglutinan la acción solidaria y que la hermanan desde el diálogo y el encuentro, donde no se ponen en peligro las identidades de cada particular; al contrario, éstas se enriquecen y potencian mutuamente, dando lugar, complementariamente, a un marco identitario común. A la vez, la solidaridad descendente gusta de otro tipo de maniobras disuasorias. Así, cuando la Administración central ejerce una política de voluntariado o de cooperación internacional al margen de las organizaciones y plataformas sociales correspondientes, está sentando las bases de una dirección equivocada, que pretende incidir en divisiones internas entre las organizaciones y en el beneficio particularista de unos, en detrimento de la posibilidad de generar consensos y de conformar voces de consenso.

■ **Solidaridad crítica o acrítica.** La respuesta solidaria puede ser enjuiciada, habitualmente, por el tipo de análisis y de propuesta al que en realidad responde. Cuando criticamos con fuerza la mera conmoción sentimental provocada por determinados medios de comunicación o, incluso, desde el ámbito de las ONG, no queremos ceñirnos exclusivamente a esa respuesta solidaria reduccionista, sino llegar al motivo que ha desencadenado tal respuesta. Y la provocación viene determinada con frecuencia por la inexistencia de análisis de la realidad. Vivimos años en los que las grandes causas solidarias se concentran en las hambrunas de ciertas zonas de África y en las catástrofes naturales, como el huracán *Mitch* sufrido en Centroamérica o los terremotos, en diferentes países del Sur; pareciera que la naturaleza de las cosas se cebara con los más desfavorecidos del sur del planeta, pero las cosas no son así. El hambre, técnicamente solucionable, y los efectos de huracanes y terremotos en determinados contextos depauperados de nuestro planeta obedecen no a una desgracia natural, sino a un constructo social determinado: no se construye de la misma manera en California que en Irán. Los procesos que llevan a determinadas personas a dormir en la calle, a prostituirse, a exilarse en pateras, a huir del hogar donde sólo se reciben malos tratos no responden únicamente a situaciones personales ligadas al fracaso o la desesperación, sino que tienen raíces múltiples, donde lo personal se entrecruza con lo relacional, donde la reconversión industrial, la ausencia de horizontes o las promesas de vida digna en Europa forman parte de un proceso de globalización en el que la lógica economicista prima sobre la defensa de la vida y de la dignidad de las personas.

Es preciso *hacerse cargo de la complejidad de lo real*. Urge que la solidaridad se enmarque en procesos de análisis rigurosos de la realidad social que nos circunda. Y en tiempos de complejidad como los que vivimos no bastan ya los estudios estadísticos, que nos dan una visión de lo que acontece en términos cuantitativos, de los que se entresacan evaluaciones cualitativamente relevantes, pero a mi juicio insuficientes. Desvelar las fuerzas excluyentes significa *reconocer que la exclusión no está donde están los excluidos*, y para ello hemos de combinar estudios de carácter sociológico con otros de tipo económico, antropológico, ético, biológico, psicológico o jurídico. Enfrentarse de manera precisa con la exclusión de los enfermos de sida implica sentar en la misma mesa a profesionales de la sociología, de la medicina, de la ética, de la psicología; otro tanto habrá que hacer cuando abordamos los problemas de los inmigrantes, para lo cual deberemos contar, además, con expertos juristas. Es decir, que la problemática de la exclusión social no cabe en un único cajón de estudios y de análisis; requiere diversificar las aproximaciones a los distintos fenómenos sociales emergentes, acondicionando la metodología a prácticas de trabajo en equipo, en las que la interdisciplinariedad dé pie a la formación de seminarios permanentes u ocasionales. El seminario permanente se configurará,

entonces, como un observatorio de la complejidad de la realidad, mientras que los seminarios ocasionales darán respuesta a problemas específicos de cada momento (la cuestión de la deuda externa, los modelos de cooperación al desarrollo, las dificultades de cada colectivo concreto, etc.).

La educación en la solidaridad que no se para ante la realidad termina por encubrir ésta y falsearla, porque forma parte de esa ideología que distorsiona la realidad de las cosas. Es una cultura que incentiva la naturalización de la realidad («las cosas son como son, y no le demos más vueltas») y la culpa colectiva. Florece una culpabilidad difusa, amasada en un pasado que reconoce no haber hecho todo lo posible para vivir de acuerdo con un orden económico más justo; es una culpabilidad anclada en el remordimiento de las cosas mal hechas y de las cuales cada uno, de una u otra manera, formamos parte; cuando se nos dice que el Sur del planeta es un subproducto del Norte rico, algo de responsabilidad tendremos en ello. Sabemos que el hambre es técnicamente evitable y la imagen de un niño agonizando nos conmueve y, de manera simultánea, nos culpabiliza. Una cierta cultura de la solidaridad acrítica se ha hecho cargo de esta situación, fomentando respuestas asentadas en el emotivismo moral que nos hace creer que el bien se halla en aquello que a uno le hace sentirse bien; de este modo, los telemaratones, los festivales benéficos y ciertas formas de apadrinamiento de niños, por ejemplo, cumplen un papel desculpabilizador en una población bien pensante y bien *estante*.

La educación en la solidaridad crítica bebe de la fuente de la *responsabilidad* entendida como la determinación de hacerse cargo del presente y del futuro, a los que puede abarcar con modestia y esperanza al mismo tiempo. Porque se es responsable no sólo por responder ante algo mal hecho (donde prima la concepción de culpabilidad), sino por hacer frente a lo que está por venir; somos responsables de ensanchar al máximo el espacio habitable y el tiempo humanizador; somos responsables, en definitiva, de activar sin tregua el campo abonado de lo posible. Abonado por formas de solidaridad sencillas y significativas que caminan en la dirección contraria a nuestros intereses, pero que hacen estallar los muros de los convencionalismos y de las modas solidarias.<sup>2</sup> Buscar alternativas de ahorro a través de la banca ética, hacer congeniable el consumo responsable y austero con el desarrollo de una vida normal, participar en las campañas que sacan a la luz los bosques arrasados para el pasto tras los que se esconde McDonald's o el trabajo clandestino de mujeres y niños que enriquece a Nike, constituyen formas públicas y privadas que hacen de la solidaridad un valor minoritariamente emergente. Por eso mismo, la solidaridad crítica es necesariamente *disidente* respecto del desorden establecido, respecto de las visiones simplistas y de las propuestas emotivistas. La disidencia se hace presente no por afán de rebeldía sin causa, sino porque así lo exige la misma cultura de la solidaridad que, en el marco de globalización económica en el que vivimos, se convierte, o subvierte, en necesaria contracultura de la solidaridad.<sup>3</sup>

■ **Solidaridad como protagonismo o no de los excluidos.** La solidaridad deviene cuando toca la realidad de las personas y de los colectivos que sufren la exclusión social. Es entonces cuando toma cuerpo y adquiere sus verdaderas dimensiones. Uno de los criterios a los que debe apuntar la cultura de la solidaridad ascendente y crítica es el hecho de favorecer el protagonismo de los excluidos del bienestar. Esta relevancia será gradual, se dará de menos a más, pero ha de tender a que sea de esa manera y no de otra. Vivimos una cierta cultura de la solidaridad *para asistir* al débil, no para fortalecer y propiciar su protagonismo y autonomía; tendemos a trabajar *para* los demás y no *con* los demás; nos pesa el hecho de estar educados para *dar sin recibir*, en lugar de para *dar y saber recibir, dar y compartir y hacer un mismo camino*. Así lo expresa el trabajador social de la noche de París Pedro Meca:

---

2. Sobre este particular he tenido ocasión de profundizar en Aranguren Gonzalo, 2000: cap. II.

3. Cf. García Roca, 1998.

El mayor insulto que podemos hacer a la gente es condenarlos a recibir, el mayor insulto que podemos hacer a nosotros mismos es condenarnos a dar. Mientras no haya don, dar y recibir, mientras no haya intercambio, mientras no haya reciprocidad y no solamente técnica, sino de vida, no haremos ningún trabajo; seguiremos manteniendo una sociedad que fabrica inútiles y que deshace a la humanidad (1998: 28).

El protagonismo de los excluidos expresa un canto a la imaginación creadora de las organizaciones de solidaridad y apela a éstas para que den cabida, en sus estructuras y procesos, a los mismos excluidos para y con quienes trabajan. Esto significa romper, de una vez por todas, el esquema de trabajo *agentes-sujetos solidarios* frente a *destinatarios-excluidos*, de modo que los centros de acogida, los pisos con enfermos de sida, los albergues para los *sin techo*, las aulas de cultura adonde acuden los inmigrantes sean auténticos lugares de *encuentro* en los que enfermos y sanos, con techo y sin techo, nacionales y extranjeros, reclusos o en libertad, personas iguales en dignidad puedan encontrarse y crecer como tales. Facilitar el encuentro es poner alas al crecimiento personal de todos. Será importante que los excluidos vayan tomando la iniciativa de delimitar sus funciones y responsabilidades en el marco del espacio en el que habitan o desarrollan sus actividades; pero el auténtico protagonismo no viene marcado por unas normas escritas, sino por el cultivo de una serie de hábitos, esto es, por la adquisición de una cultura de la solidaridad de la que todos estamos necesitados, en la que todos nos podamos encontrar, por la cual disfrutemos de la posibilidad de crecer.

Las organizaciones solidarias que trabajan en el campo de la cooperación internacional también deberán tomar nota de este reto, pues con frecuencia se instalan en la cultura del *proyecto*, en la cual el informe técnico, los objetivos generales y específicos y los indicadores se comen literalmente la vida y los procesos de las comunidades. Y son las comunidades las que han de tomar la palabra y decidir si es prioritaria una microempresa para hacer pan o un plan formativo para concienciar a su población y descubrir nuevos líderes y promotores comunitarios. La cultura de la solidaridad con los pueblos del Sur, o favorece el movimiento y la autoorganización de los pueblos a los que se intenta ayudar o caerá, sin remedio, en la fragmentación de la ayuda y en el clientelismo *oenegero* que culmina en la cultura de la competitividad y la división.

Si existe alguna novedad que las llamadas organizaciones de solidaridad (fundamentalmente las organizaciones sociovoluntarias) aportan, es que se hallan referenciadas a los últimos. Los nuevos movimientos sociales descubrieron en los mismos pacifistas o ecologistas a los sujetos fundamentales de la acción, y en el pacifismo o en el ecologismo, el núcleo de su identidad. En las organizaciones de la solidaridad acontece un giro copernicano en la identidad; además de ser una identidad más difusa y compartida entre las distintas organizaciones, en relación con los movimientos sociales se trata de una identidad que mira a la *alteridad* del excluido como norte de su ser y de su acción. Se trata de una identidad que tiene en los excluidos del bienestar a los actores principales, los cuales, con su integración social, económica y relacional y personal, han de ir *jubilando* a las mismas organizaciones en las que han crecido. La cultura de la solidaridad aspira, así, a que algún día no sean necesarias las organizaciones que la promueven, porque el cultivo ciudadano de la solidaridad ascendente y crítica y el logro de la sociedad de la inclusión las hagan inútiles.

■ **Solidaridad transformadora o fatalista.** La solidaridad reclama la esperanza fundada en la posibilidad de cambio de las cosas. El protagonismo de los excluidos, por último, reivindica el valor de la posibilidad histórica frente al fatalismo del «no podemos hacer nada» en el que, con frecuencia, nos movemos. No son las reivindicaciones globales y maximalistas las que mueven a la cultura de la solidaridad, sino que ésta se detiene al paso del camino que va haciendo para contemplar, con orgullo, aquellos pequeños *inéditos viables* de los que nos hablaba Freire y que dan cuenta de

fragmentos de esperanza en forma de taller ocupacional, de alternativas para los presos en situación de prisión preventiva, de lugares de encuentro para los habitantes de la calle, de ese proyecto que tanto cuesta sacar adelante, pero que es clave para creer que, desde ahí, estamos pintando de otro color este gris y sombreado mundo.

Sin embargo, en la actualidad ha emergido con gran fuerza la defensa de la seguridad como cortapisa para cualquier movilización e impulso solidario. Tras la caída de las Torres Gemelas, un nuevo fantasma recorre Occidente: el del miedo al otro, que obliga a construir un nuevo edificio para la convivencia, uno que está cimentado en el miedo y cuyo material principal son los dispositivos de control y de identificación. Asistimos a la entronización de la ideología de la seguridad como miedo al otro, que tiene la vertiente perversa de la creación de la cultura de la seguridad, y que se manifiesta en los siguientes ámbitos:

- En las movilizaciones vecinales que desean expulsar de sus barrios los centros de acogida a inmigrantes o los centros de atención a toxicómanos.
- En las campañas políticas centradas en quién destina más recursos a la seguridad.
- En la creación mediática de un estado de permanente inseguridad ciudadana.
- En la americanización de mecanismos de control abusivos (aeropuertos, aviones, etc.).
- En la tendencia hacia la sospecha como mecanismo de conocimiento y de reconocimiento.
- En la tendencia a movilizarse por causas muy concretas y a hacer de lo público el espacio de resolución de reivindicaciones ligadas a estilos de vida, más que a transformaciones políticas.

De este modo hemos llegado a describir las cuatro notas que, a mi juicio, nos permiten distinguir aquella cultura de la solidaridad que puede, en verdad, *armar* nuestro esqueleto moral como ciudadanos en el campo de la acción social transformadora. En síntesis:

- La cultura de la solidaridad *ascendente* nos marca la *dirección* de la solidaridad que se sabe lenta, pero con futuro; ardua, pero con sentido; poco lucida, pero iluminadora a largo plazo.
- La cultura de la solidaridad *crítica* nos indica la *capacidad resolutive* de la misma acción solidaria, cuando se enmarca en un análisis riguroso y diversificado de la realidad.
- La cultura de la solidaridad que facilita el *protagonismo de los excluidos* nos señala el lugar de partida de nuestra acción y del necesario reconocimiento de los derechos ciudadanos de todos, sin exclusión. Desde ellos y con ellos, no sólo *para* ellos.
- La cultura de la solidaridad *transformadora* se alza en protesta contra la cultura y la ideología de la seguridad y del miedo hacia el otro diferente, y apuesta por el valor del cambio posible, aunque sea en pequeñas dosis.

En conclusión, y expresado de otra manera, podemos hablar de dos grandes modelos de solidaridad:

- Solidaridad barata: cuesta poco o no cuesta nada; es la solidaridad sin esfuerzo, que se vende y se promueve con tanta facilidad. Es la solidaridad emotivista, reducida a lamento, a dinero, a puro efecto.
- Solidaridad cara: es la que cuesta, la que afronta con altura de miras la realidad.

### La cultura de la solidaridad como alternativa

El término *alternativa*, igual que el de *utopía*, *transformación* o *radicalidad*, nos sitúa, con frecuencia, sobre un precipicio donde sólo hay dos valores en juego: todo o nada. Se trata de conceptos

hoy en desuso, no ya porque con el muro de Berlín se cayeron no pocos andamiajes conceptuales en ciertos colectivos e ideologías, sino también porque esos mismos colectivos e ideologías fagocitaron en demasiadas ocasiones a los sujetos que, detrás de la Causa, se precipitaron al vacío y al hastío personal. Se trata de conceptos que han pretendido tal dosis de novedad histórica que quien los ha proclamado se ha olvidado, a veces, de que somos realidad histórica y de que tejemos la novedad con los hilos culturales que heredamos y que, ciertamente, no estamos condenados a repetir, pero sí a contar con ellos.

En nuestro caso quisiera detenerme en el término *alternativa*. Pareciera que hablamos de algo totalmente otro, lo otro distinto o lo opuesto al sistema imperante; en este contexto, al sistema cultural establecido. Raimon Panikkar, con su sabiduría filológica, nos ayuda a desbrozar este concepto:

La alternativa no dice *aliud* o *alius* («otra cosa» u «otro»); la palabra no dice *alienus* («que pertenece a otro», al extranjero). Tampoco dice *alteruter* o *alterutrum* («el uno o el otro», en sentido exclusivo). Dice *alter* («el uno y el otro») y lo utilizamos aquí en sentido inclusivo: uno y otro. La realidad misma es alternativa, léase polaridad relacional, y no solamente alternancia dialéctica. Todo está implicado (1999: 132).

De algún modo, la alternativa es fuente de conciliación entre lo existente, no para perpetuarlo, sino para encauzarlo en una nueva dirección. En el marco de la presente reflexión, habría que señalar que la cultura de la solidaridad como alternativa es aquello que nace entre dos corrientes distintas pero complementarias:

- Por un lado, la *cultura de la subjetividad*, que busca cómo ser persona en un mundo inhóspito, que no renuncia al gozo de la vida ni al cultivo creativo del ocio; una cultura en la que los nuevos solidarios se fijan, ante todo, en los valores posmaterialistas y que cuentan con el peligro evidente de deslizarse hacia posiciones excesivamente centradas en uno mismo, tanto que cada cual quede incomunicado en su pequeño mundo.
- Por otro lado, la *cultura de las causas objetivas*, que persigue cambios sociales y políticos relevantes ligados a valores emancipatorios, como la paz, la lucha o la igualdad. Una cultura que cuenta progresivamente con menos adeptos en sus filas y que tiene el peligro de erigirse en el espacio de los *purros* que devienen, finalmente, dogmáticos e intransigentes con las personas.

La cultura de la solidaridad, si quiere ser alternativa, se las ha de ver con estas dos formas de ubicarse en el mundo. No en vano somos conscientes de que, en el marco de las organizaciones de solidaridad, las motivaciones iniciales, tanto de contratados como de voluntarios, tienen más que ver con la construcción y realización personales que con el cambio social; éste es un hecho que hemos de admitir no como un resignado guiño a la cruel realidad, sino como un mensaje para navegantes que transitan hacia la Ítaca que está más allá de las posibilidades y que ha dado lugar a grupos utopo-elitistas que devienen finalmente utopo-reaccionarios.

Por otra parte, la cultura de la solidaridad no se contenta con la realización personal, sino que busca un más lejos, deseable por justo, que tiene que ver con los cambios sociales que promueven una sociedad diferente. Quien apuesta por la solidaridad ha de tener claro que pasa al terreno de la reivindicación entendida no sólo como una forma de estar *en contra de*, sino, especialmente, como promotora de nuevas propuestas de vida digna para las víctimas de nuestro mundo.

Conciliar ambas posturas constituye una tarea ineludible de la cultura de la solidaridad que estrenamos en este cambio de siglo. De la alternativa como alternancia hemos de pasar a la alternativa como ámbito de encuentro y de construcción. Desde este nuevo espacio, la cultura de la solidaridad ha de fraguarse en el ejercicio de la autonomía relativa de la que gozan las organizaciones

de la solidaridad, con la certeza de que no son los únicos agentes que promueven el cambio social. Se hace necesario un espíritu de apertura en el conjunto de las organizaciones sociales para buscar ese difícil espacio que denominamos Tercer Sector y poder transitar juntos por él, encontrando, asimismo, vías de apertura y diálogo con el sector administrado y con el sector del mercado. Con las Administraciones públicas deben ahondar en cuestiones como el *principio de subsidiariedad*, ya que si éste sigue comprendiéndose como aquello de lo que se ocupan las organizaciones de solidaridad allí donde no llegan las Administraciones públicas, habría que reclamar o preguntar por qué éstas no llegan, si deben llegar hasta ahí, o más lejos, o si acaso se han pasado. ¿Es tarea de la Administración pública sensibilizar a la ciudadanía para que participe o para promover el voluntariado social? ¿Y es tarea de una organización de solidaridad hacerse cargo de la gestión de centros de día para enfermos mentales sin hogar? ¿Con qué criterios se impulsan unas y otras iniciativas? ¿Por qué aparece todo ello bajo el paraguas del principio de subsidiariedad? A mi juicio, la cultura de la solidaridad debe tender puentes para generar, entre todos los agentes sociales y la Administración pública, un nuevo principio, el *principio de complementariedad*, según el cual se puedan analizar, proyectar, realizar y evaluar acciones en las que las políticas sociales encajen y se complementen con los programas que desarrollan las organizaciones de solidaridad.

## • La cultura de la solidaridad como educación en valores

En tiempos de atonía moral urge remoralizar nuestro trabajo cotidiano en la acción social. Remoralizar en el sentido de encontrar un tono vital alto y capaz de enfrentarse, de manera novedosa, con el submundo de la marginación sin que éste nos engulla. En muchas ocasiones me encuentro con extraordinarios profesionales de la acción social que se ven desbordados por una tarea a la que difícilmente pueden poner límite, ya sea porque en este campo siempre hay trabajo pendiente, ya sea porque desde arriba les exigen más y más, o bien porque se exigen demasiado a sí mismos. Con el tiempo, la lentitud de los procesos, la inercia en la repetición de *los casos* o la burocracia de los papeles llega a desanimar enormemente a estas personas, que quedan sumergidas en un cierto *estancamiento moral*, en el sentido de no acertar a ver el valor de lo que están haciendo.

Por otra parte, la remoralización consiste en inducir la educación axiológica en aquello que tiene que ver con la cultura de la solidaridad. De lo contrario, corremos el riesgo permanente de conducir un carro repleto de palabras, de buenas intenciones, de fuegos de artificio; pero no de solidaridad efectiva. La educación en valores no es la aplicación de un manual de Ética en el contexto de la acción social; por su misma fundamentación, tanto la educación como la ética se asientan en el terreno de la apropiación de posibilidades nuevas con las que vamos construyendo nuestra vida y, por ende, se ubican en el terreno del dinamismo y del cambio. Hay educación y hay ética allí donde las cosas pueden y deben ser de otro modo, allí donde se siembran nuevas realidades, más humanizadoras y justas.

La educación en el valor de la solidaridad no ha de formar militantes efímeros, sino sujetos resistentes y activos, capaces de amortiguar los golpes del *tecnicismo* social y de emprender itinerarios que gocen del favor de la larga distancia, donde los tantos por ciento y los indicadores resultan difícilmente cuantificables, aunque en determinados contextos sean necesarios. La cultura de la solidaridad exige que todos los agentes que intervienen en la acción social tengan en cuenta las puntualizaciones que se señalan a continuación.

## En el terreno personal

■ **Saber cuidarse.** Puede llamar la atención el que en un contexto de educación en la solidaridad se hable del cuidado personal; cierto. No me refiero —claro está— al cuidado estético o al seguimiento de un determinado régimen alimenticio. Los que se hallan en el *tajo* de la exclusión social necesitan cosas tan elementales como:

- Salir y desconectar del *mundo* en el que viven tantas horas al día; oxigenarse es un acto de justicia con uno mismo.
- No culpabilizarse por no poder cargar sobre la espalda todo el peso del mundo.
- Diversificar las pertenencias, de manera que no se viva la propia institución en la que se trabaja como lo único importante, más allá de la cual el resto de las cosas carecen de valor.
- Dialogar y relacionarse con los compañeros, con personas que trabajen en otras organizaciones; intercambiar vivencias y puntos de vista.
- Aceptar los límites personales, que no son defectos, sino la silueta que también dibuja nuestro perfil.
- Saber reírse de uno mismo; imprescindible para aprender del camino que uno va haciendo y que de ningún modo es un camino rectilíneo y sin baches. El buen humor será el fiel compañero de quien convive día a día con el dolor y el sufrimiento ajeno interiorizado, ante el cual uno llega hasta donde llega, ni menos... ni más.

■ **Historizar la solidaridad.** Hacerlo de manera que sea un valor no solamente querido, sino apropiable y realizable; ello requiere *desenmascarar las falsas solidaridades* que distorsionan el potencial de cambio de este valor y que se esconden detrás de informaciones reduccionistas de la realidad social, de determinadas publicidades incluso de las ONG y de las políticas sociales que fomentan el Estado de mínimos de dichas políticas, mientras que incentivan el Estado de máximos en las políticas de participación. El desenmascaramiento de la solidaridad se constituye, así, en una cierta mirada permanente que hace criba (y por ello es una mirada crítica) sobre lo intolerable de tanta solidaridad postiza. Puede ser que ésta sea una mirada sospechosa, pero resulta lícito sospechar de la limpieza de tanta supuesta solidaridad polivalente que a todo quiere llegar y que esconde otros intereses. En este sentido, es importante que juntos descubramos:

- Que en los programas televisivos con supuesto contenido solidario lo que realmente se busca es la competencia por la audiencia, de manera que tragedias personales y colectivas son bienvenidas con tal de conmover a los televidentes.
- Que va cuajando una forma de solidaridad que a nada compromete, porque, en el fondo, es un añadido efectista y cosmético en el seno de una vida trazada de acuerdo con valores utilitaristas que se sitúan en los antípodas del estilo de vida solidario; es la solidaridad sin esfuerzo, que se introduce en nuestro modo de vida.
- Que no pocas campañas de solidaridad que se lanzan en los centros educativos se quedan en el llamado *día de la paz*, la solidaridad... Son campañas que no tienen ni un *antes* ni un *después*, que se quedan en un momento aislado, en el que se recoge dinero o juguetes, o lápices y material escolar, pero en el que no hay reflexión acerca de por qué se hace esa campaña, de qué es lo que pasa en el país o continente con el que pretendemos solidarizarnos o a qué nos compromete la solidaridad en el día a día.

■ **Incorporar la solidaridad.** Incorporarla a la propia existencia personal, al conjunto del proyecto vital con el que uno va desarrollando su existencia. La solidaridad no es una chaqueta que uno se

pone en el trabajo y luego deja en el perchero; la vida familiar, relacional, el uso del tiempo libre y tantas otras cosas también tocan a estilos de vida solidaria. La solidaridad toca, cuestiona y transforma concepciones y hábitos muy arraigados entre nosotros. Ello exige romper con la ideología que defiende el crecimiento económico ilimitado y la imposibilidad de reducir nuestro nivel de vida, como si la cultura de la satisfacción, en términos de confort y calidad de vida medible y cuantificable, fuera un asunto sagrado que no admite contestación; y lo es, y así funciona, cuando esa cultura se ha fabricado sobre la base de la idolatría al dinero y al consumo. La civilización de la abundancia en la que nos encontramos comporta un modelo de vida en el que el deseo se impone a la necesidad, lo superfluo a lo fundamental y el parecer al ser.

Más que en actos solidarios, la educación para la solidaridad consiste en saber percibir este valor como uno de los centros articuladores del proyecto de vida personal, de manera que lo que la solidaridad genera es un estilo de vida, antes que prácticas esporádicas. Si estimar la solidaridad conduce a reacondicionar nuestro modo de vida, hemos de trabajar para ver de qué forma la solidaridad de los que comemos caliente y vivimos en casas con calefacción se traduce en una *solidaridad contra nuestros intereses*; en este sentido, vivir solidariamente debe conducir a:

- Replantear los hábitos de consumo, de modo que podamos vincular solidaridad con austeridad como actitud de responsabilidad.
- Plantear un futuro profesional acorde con el valor descubierto.
- Modificar hábitos que generen despilfarro o gasto superfluo.
- Cambiar la mentalidad que justifica el crecimiento económico ilimitado, tanto en su versión macroeconómica como en la economía doméstica.
- Reconocer que la solidaridad vivida camina en la dirección contraria a nuestros intereses de personas bien *estantes*.

### En el ámbito institucional

■ **En el educativo.** La realización de la solidaridad supone favorecer la prolongación del centro escolar al barrio. Una prolongación efectiva que puede traducirse en estrategias de colaboración o de coordinación con instancias locales de ámbito social, sanitario, educativo, con vistas a trabajar de manera coordinada problemas comunes, como puede ser la realidad del fracaso escolar. En esta línea se están probando diferentes alternativas, que van desde la apertura de los centros escolares los sábados por la mañana hasta la incorporación efectiva del voluntariado en un plan de acción educativa más amplio.

En este sentido, propugnamos la *aceptación de la tensión competencia-solidaridad*. La práctica educativa nos recuerda que, en muchas ocasiones, la educación para la solidaridad y, en general, para los valores sociales, se ha fraguado en los primeros años de la educación primaria y secundaria. Como si trabajar estos valores fuera cosa exclusiva de la gente menuda. Ya que, y a la experiencia me remito, en los años de bachillerato, el único horizonte en el que se mueve la educación formal es el de la selectividad, estar más y mejor preparado, ser lo más competitivo posible, porque en esta sociedad selvática nadie te regala nada. En definitiva: para los más pequeños, solidaridad; para los mayores, competitividad.

Éste es, a mi juicio, un falso dilema, porque de lo que se trata es de educar, en todas las edades, en el máximo de competencia personal y en el máximo de solidaridad con los demás. No es lo mismo competitividad que competencia personal. Con la competitividad fomentamos entre el alumnado la máxima de ser el primero a costa de lo que sea; de la competitividad a la asunción de las claves del darwinismo social no hay más que un paso. Esta clave se aleja de cualquier planteamiento solidario. Por el contrario, la competencia personal trata de sacar a flote todos los recursos



personales del alumno, que se expresan en potencialidades intelectuales, procedimentales y actitudinales.

El sentido de la competencia personal tiene que ver con el cultivo del sano amor a uno mismo, que no es el amor propio que sólo vela por el interés individual y el egoísmo sin límites. El amor a uno mismo tiene que ver con una de las condiciones que posibilitan el amor a los demás, ya que parte del máximo respeto a uno mismo, haciendo posible el despliegue de toda su fuerza humanizadora; el amor a uno mismo parte de la propia estima y de la estima positiva hacia los demás. Así, la competencia revela un amor de sí mismo que se abre con cordialidad a los demás. Se puede ser, al mismo tiempo, un estudiante competente y solidario; un médico competente y solidario, una directora de empresa competente y solidaria, no desde una vinculación sin aristas, sino desde la aceptación de una tensión de carácter dual que se desarrolla siempre en el interior de los conflictos cotidianos.

■ **En la acción social.** La *cultura de la solidaridad* es una expresión acuñada por no pocas instituciones y organizaciones sociovoluntarias. También los dirigentes de estas organizaciones deberán asumir la parte proporcional que les corresponde en el desarrollo de tal cultura solidaria, que también ha de poder verse y testimoniarse en la vida cotidiana de cada organización. Esto exige tener en cuenta las siguientes consideraciones:

- En el terreno del voluntariado, por ejemplo, las distintas organizaciones que pertenecen a la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España van dotándose de itinerarios educativos para fortalecer y acompañar al voluntariado existente. Ahora bien, en la medida en que se ponen en marcha estos procesos, los itinerarios mencionados no sólo afectan a las personas voluntarias, sino que *tocan* a las personas responsables de los proyectos y servicios desde los cuales se desarrollan los programas en los que intervienen los voluntarios; *tocan* a la coordinación de esos proyectos en la esfera de cada organización y en las redes territoriales que se generen; y *tocan*, también, a las personas que dirigen la organización y toman decisiones importantes en su seno.
- Se hace cada vez más necesario cuidar a las personas que trabajan en la acción social, yendo más allá de las estrategias que intentan dividir a las organizaciones entre voluntarios y contratados, entre solidarios por vocación y *mercenarios* de la solidaridad, entre altruistas y asalariados. Estas disyuntivas confunden y no hacen justicia a la realidad de las personas que, partiendo de coyunturas distintas, apuestan por el mismo horizonte de trabajo en la acción social entre los excluidos. Cuidar a las personas que trabajan en las organizaciones sociales no aleja a éstas del mundo de los empobrecidos; antes al contrario, permitirá poner en marcha presencias cada día más habitables en el terreno de la inhumanidad, permitirá dar continuidad a los procesos en marcha sin preguntarse cada cinco años por qué hemos de empezar de cero.
- Las organizaciones de solidaridad tienen el deber de saber poner punto final a determinados proyectos de acción, desde el momento en el que no responden ya a las exigencias y demandas que justificaron su puesta en práctica o desde el momento en el que aquéllos se traspasan a las Administraciones públicas. Una manera de hacer creíble a la organización de solidaridad es atinar en el saber retirarse a tiempo y no hacer dirigir el impulso inicial de la organización hacia su propia supervivencia como institución.
- Las instituciones de solidaridad deben transparentar lo que proclaman hacia fuera en sus estructuras internas. Han de plantear sus estructuras de forma realmente participativa, de manera tal que todos los agentes de la institución tenga la voz y la palabra.
- Un ejemplo de institución ciertamente educada en el valor de la solidaridad lo encontramos en la capacidad institucional de generar una comunicación en verdad comprometida ante la opinión pública; si nos quejamos de tanta *blandosolidaridad* descendente, propagada por los

medios convencionales de comunicación, las organizaciones de solidaridad deben potenciar un tipo de información, tanto en sus campañas de sensibilización como en sus soportes informativos periódicos, que ilustre sobre la realidad de nuestro mundo y que exprese esta otra manera de ser solidario, de acuerdo con una cultura de la solidaridad exigente con el propio valor ético que se proclama.

- La organización de solidaridad debe enfrentarse con el fantasma de la despolitización creciente de nuestra ciudadanía. Una organización social no es un partido político, pero incide, a través de medios no convencionales y mediante la cooperación con las Administraciones públicas, en el devenir de la *cosa pública*. Las propias organizaciones deben transmitir a los distintos agentes que colaboran entre ellos que la acción social que realizan no sólo configura una forma de ser solidario, en tanto que ciudadanos generosos, sino que constituye una manera de hacer política, en tanto que ciudadanos que habitan en la polis, la cual no es patrimonio de la clase política, sino de toda la ciudadanía.
- Urge articularse en redes locales y globales de solidaridad. En apenas cuatro o cinco años, a raíz de tomarnos en serio que vivimos en un mundo globalizado e intercomunicado, el mundo de la solidaridad se ha abierto con profundidad a la creación e intensificación de sus redes de acción y de coordinación. La coordinación seria y responsable es la gran asignatura pendiente del mundo de la acción solidaria. Así lo ha detectado Enrique Arnanz: «En nuestro país resulta interesante resaltar el enorme desequilibrio que existe entre el hiperdesarrollo económico, político, legislativo y mediático de nuestra sociedad y el infradesarrollo de la participación comunitaria de nuestra propia sociedad» (2003: 13).
- Por último, la solidaridad vivida se domicilia en la experiencia de una identidad cosmopolita, fruto del encuentro de muchos pocos. La cultura de la red implica apreciar sobremanera el valor del *juntos* que formamos los de Cáritas junto con SOS Racismo. Somos más Cáritas y somos más SOS Racismo cuanto más nos visibilicemos en la plaza pública cual uno más, yendo de la mano en aquello que consideramos defensa compartida de valores y de opciones estratégicas en aras de los últimos. El código ético de organizaciones de voluntariado es un ejemplo de construcción de una identidad mestiza basada en unos mínimos de justicia; la dignidad de la persona, la responsabilidad como anticipación y servicio y la justicia social como defensa de los últimos: esto sí es transformador. «Si cada organización de solidaridad trabaja por el bien común, en un barrio, en una comarca o en un contexto mundial, lo hace desde una identidad particular eminentemente abierta al mundo, a la vida y que hace del diálogo y el encuentro con el resto de las organizaciones un hábito más de comportamiento asumido con toda normalidad» (Aranguren Gonzalo y Villalón, 2002: 58).

## • Conclusión

La cultura de la solidaridad es una forma de cultivo; un cultivo que lanza su envite principal en la labor de siembra. Sembrar solidaridad no es lanzar al aire decibelios de música solidaria, sino preparar y adecentar caminos que vamos recorriendo lentamente, en la creencia de que, quizá, no nos toca recoger lo sembrado, aunque ya nos gustaría, sino de que hemos de contentarnos con disfrutar de los parajes que nos depara el camino. Ello no supone una actitud de resignación; sí, empero, de aceptación cordial de nuestra realidad, de la realidad en la que vivimos, de nuestras posibilidades y de nuestras limitaciones. Con todo, es preciso soñar y proyectar futuros posibles y arañarlos a través de esos *topos-lugares* concretos donde se dibuja la utopía; porque a la geopolítica de la desesperanza y del fatalismo hemos de oponer la tarea esperanzada de quien se siente itinerante: «Abri-

gamos esperanzas. Linda expresión, lindo desafío: abrirla, para que ella no se nos muera de frío en estas implacables intemperies de los tiempos que corren» (Galeano, 1998: 328).

Abriémosla y despertemos la esperanza que nace del ejercicio de la solidaridad ascendente, crítica y favorecedora del protagonismo de los excluidos. Sólo de esta manera la solidaridad que reclama para sí el reto planetario del siglo XXI podrá dotarse de la credibilidad que le ha faltado, por ser manipulada por instancias legitimadoras del orden social y promotoras del emotivismo moral.

## Bibliografía

- ARANGUREN GONZALO, Luis A. (1998): *Reinventar la solidaridad: voluntariado y acción*, Madrid, PPC.
- (2000): *Cartografía del voluntariado*, Madrid, PPC.
- y Juan José VILLALÓN (2002): *Identidades en movimiento. Los marcos de sentido en las organizaciones de voluntariado*, Madrid, Cáritas Española (Pensamiento en Acción, 5).
- ARNANZ, Enrique (2003): *Coordinación y redes de organizaciones de solidaridad*, Madrid, Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (A fuego lento, 6).
- AUGÉ, Marc (1998): *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Barcelona, Gedisa.
- BUBER, Martin (1986): *¿Qué es el hombre?*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.
- CABADA, Manuel (1994): *La vigencia del amor*, Madrid, San Pablo.
- DÍAZ, Carlos (1993): *Para ser persona*, Las Palmas, IEM.
- ELLACURÍA, Ignacio (1991): *Filosofía de la realidad histórica*, Madrid, Trotta.
- GALEANO, Eduardo (1998): *El mundo patas arriba*, Madrid, Siglo XXI.
- GARCÍA ROCA, Joaquín (1998): *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, Madrid, HOAC.
- LÓPEZ ARANGUREN, José Luis (1985): *El buen talante*, Madrid, Tecnos.
- MARINA, José Antonio (2000): *Crónicas de la ultramodernidad*, Barcelona, Anagrama.
- MECA, Pedro (1998): «Hacia una sociedad sin exclusión», en *I Foro de Trabajo Social*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas.
- PANIKKAR, Raimon (1999): *El espíritu de la política*, Barcelona, Península.
- ZUBIRI, Xavier (1986): *Sobre el hombre*, Madrid, Alianza Editorial.

Nuestra cultura trata lo solidario como prótesis artificial que ayuda a mantener una cierta cara amable ante lo injusto, lo inhumano. Este trabajo pretende traspasar esa barrera para adentrarse en las condiciones de posibilidad que habiliten a las personas, a los sujetos, como agentes conscientes de una solidaridad que, estimada, incorporada y apropiada, se convierta en forma de vida contracultural. En plena defensa occidental de la seguridad como el único valor que debemos conservar, la solidaridad es abordada en estas páginas desde la perspectiva antropológica, en la que lo solidario revierte en deuda social. Asimismo, se proponen criterios de discernimiento entre la solidaridad barata y la solidaridad cara y se esbozan, por último, algunas pautas educativas básicas que conducen a educar en el sujeto y en las instituciones solidarias.

---

**Luis A. Aranguren Gonzalo** es director de Ediciones PPC (Promoción Popular Cristiana). Ha sido profesor de instituto y, más tarde, coordinador del Programa de Voluntariado de Cáritas Española. En la actualidad es asesor de la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (PPVE) y de diversas ONG. Conferenciante y escritor, ha publicado más de 50 artículos y 12 libros que versan sobre educación en valores, voluntariado, ética y antropología, entre ellos: *Reinventar la solidaridad* (Madrid, PPC, 1998), *Cartografía del voluntariado* (Madrid, PPC, 2000), *Vivir es comprometerse* (Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2001) y *Ética en común* (Madrid, PPVE, 2002). En la colección Cuadernos Bakeaz ha publicado *Educación en la reinención de la solidaridad* (Bilbao, Bakeaz, 1997).